

¿Quién es el sujeto de semejante intencionalidad? ¿En quién radica la voluntad estilística? De nada nos valdrá eludir la respuesta asentando la voluntad artística en un sujeto colectivo, en una comunidad racial, o definiéndola—desde un punto de vista lógico trascendental—como la resultante de una oposición entre el hombre y el Cosmos. La obra de arte es siempre realizada por alguien, por un alguien humano, individual, dotado de libertad para decidirse por una o por otra forma, de voluntad para querer una y otra expresión estilística. Incluso el llamado arte popular se disuelve, si le sometemos a último análisis, en una innumerable serie de actividades individuales.

Hay un momento, pues, en que la voluntad artística de la escuela de Riegl, opera y actúa a través de conciencias personales humanas. Por mucho que queramos fundamentar esa voluntad artística en categorías lógicas, en una dialéctica del concepto del Cosmos o simplemente en un etnos, habrá que reconocer siempre que en un determinado momento de la creación de la obra de arte, la voluntad artística se individualiza y corre por los cauces de una vivencia, una volición y una creatividad personales.

El factor personal humano es, por lo tanto, un resorte del acontecer histórico-artístico que no se puede soslayar. En un preciso momento de la realización artística, la concepción genial es una representación, un presentimiento, un hecho de conciencia. Entre la abstracta voluntad artística epocal o racial y la materia inerte que ha de golpear el cincel, hay un forzoso mediador que es el individuo humano. Aun suponiéndole agente de una arrolladora fuerza supraindividual que sueña en su espíritu y pulsa en sus propias manos, aun así, hay un instante, un período de tiempo en que la obra es una vivencia latente en la

